

BIBLIOGRAFICAS

DOS MUJERES
ANTE LA MUERTE

AS tres ediciones en su sólo seis meses ha alcanzado la versión española del libro de Simone de Beauvoir (*) en sus más que justificadas. Es obra de sugestiva madurez, de esas que pueden llamarse ya clásicas, donde el arte de la autora se sustenta de su más feliz nutrición: la realidad directa, vivida.

Quien recorra la creación de Simone de Beauvoir, desde sus libros juveniles hasta sus últimas obras, observa que sus debilidades iniciales correspondieron a creaciones imaginativas basadas en esquemas intelectuales, y que sus progresivos aciertos así como el crecimiento de su arte respondieron a un acercamiento cada vez más sumiso a la realidad vivida. De aquellas Bocas inútiles con que contribuyó a los convencionalismos del teatro de ideas (Camus, Sartre, etc.) de la época, se le vio merceder bajo formas enmascaradas la realidad vivida, en novelas que apenas disimulaban sus claves reales: *Los mandarines*, *La invitada*, para aposentarse por último en la crónica de la historia contemporánea con su larga autobiografía.

Si por una parte eso parece apuntar a una debilidad de las facultades imaginativas, propias de la ficción novelesca, por otra robustece una de las líneas de la narrativa moderna que traslada la novela al campo de la historia y, para este caso particular, suma a la narración la ensayística. Lo que realmente pasa a imponer en el relato es la primera persona que cuenta su visión del mundo, su modo de elaborarlo literariamente, su enjuiciamiento de seres y cosas. Si bien el relato puede alcanzar una validez independiente —como se registra, y creo que por primera vez, en *Una muerte muy dulce*— lo normal es que interese como ilustración de la personalidad que cuenta, la escritora francesa, la amiga de Sartre, la autora de *El segundo sexo*, la representante femenina del pensamiento de izquierda, etc.

La obra se limita a contar, muy sobriamente, el proceso de enfermedad y muerte de la madre, en una clínica de París, a consecuencia de un cáncer. Este personaje central emparenta el libro con el primer tomo de la autobiografía de la Beauvoir, *Memorias de una joven formal*, pero mientras aquí la figura maternal, a pesar de ser prolijamente explicada, no salía del bocho parsimonioso, en *Una muerte muy dulce* adquiere una sobrecogedora presencia corporal, es un ser vivo o un gran personaje de novela que se impone al lector como previamente se impuso al autor. Ella conquista el cuadro, es por ella que nos interesa el libro, aunque se lo debamos al subrepticio y discreto talento narrativo de su hija.

Se nos impone, ante todo, por las razones patéticas, como ocurría con un libro mediocre y fascinante, *La muerte de un hombre* de Lael Tucker Wertebaker, su difícil resistirse al horror de la historia despiadada de un cáncer, vista con lucidez. Se nos impone como todo relato de la muerte de un hombre, en lo que tiene de paráfrasis o profecía de la nuestra futura, auténtica cartilla del obsesivo "memento mori". Pero en este caso, el hecho de morir concita las imágenes del pasado, y es todo un destino rebelde y frustrado lo que captamos reflejándose en la conducta que una mujer creyente asume en sus últimos días. S. de B. ha sabido incorporar ese pasado al presente de la age-

nia, entremezclarlo como resorte motivador de los actos últimos, y ver el todo con lucidez y con ardiente ternura.

"¿Por qué me sucedió con tanta fuerza la muerte de mi madre?" Los psicoanalistas, a partir de este texto, podrían proporcionarle más de una explicación. Es la parte más emotiva y secreta del libro, aquella en que se muestra el reencuentro de madre e hija a través del círculo de la muerte, la comprobación de las profundas semejanzas que se alcanzan en el momento en que se han invertido definitivamente los papeles: la madre deviene hija, la tarea de expiación y de mutuo perdón que se desliza bajo estas páginas informativas. La virtud de Simone de Beauvoir consiste en una que quizás le lastidara que le fuera atribuida: la de la humildad para aceptar los más hondos, menos intelectualizables, procesos de la vida, acercarse a ellos y pedecerlos con integridad y coraje, dar testimonio recatado y puntual de su imperio. Es una virtud de la madurez libremente aceptada.

ANGEL RAMA

(*) Simone de Beauvoir: *Una muerte muy dulce*. Buenos Aires, Sudamericana, 1965. 191 ps. (Trad. bien pobre de María Elena Santillán).